



 Berna González
Harbour **El sueño**
de la razón

DESTINO

El sueño de la razón

Berna
González
Harbour

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1462

© Berna González Harbour, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

De las obras pictóricas de Francisco de Goya reproducidas en el interior:

Pradera de San Isidro y vista de la mitad de la cúpula con frescos de
El milagro de San Antonio de Padua: © Oronoz/Album

La romería de San Isidro, *Un pavo muerto*, *¿Por liberal?*, *El 3 de mayo en Madrid* o *Los fusilamientos*, *El 2 de mayo de 1808 en Madrid* o *La lucha con los mamelucos*, *Perro semihundido*, *Volaverunt*, *El sueño de la razón produce monstruos*, *Aves muertas*: © Museo del Prado, Madrid, España / Album

Casa de locos: © Joseph Martin / Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, España / Album

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5531-0
Depósito legal: B. 4.176-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Álbum Y

Número 1

Ocurrió a esa hora de la madrugada en la que el frío empieza a doblregar a los borrachos y los ricos no notan que se han mezclado con los pobres. Todos nos amontonábamos en la oscuridad, tiritando sin conocimiento y alzando el tono para cantar más alto, más juntos, más convencidos. Lucíamos capas sucias y apelmazadas, barbas incipientes tras varios días de fiesta y abríamos los ojos para espabilarnos antes de que nos pillara el sueño. Varios nos dejábamos llevar por el ritmo y nos bamboleábamos juntos, coreando con vozarrones el compás que el de la guitarra intentaba mantener bajo control. Pero era ya muy tarde, o era muy pronto, y las letras se dispersaban en el aire sin que nadie llevara la batuta en realidad.

Eran los últimos estertores de la procesión, por llamar de alguna manera a esa concentración desmadejada que nadie recordaba ni cómo ni cuándo ni por qué habíamos formado, y desde el prado aún subían algunos despistados en busca del grupo, atraídos por la música o el calor apetecible de otros cuerpos.

Hacía mucho frío en esa madrugada de Madrid, la noche estaba negra. Algunos se acercaron y no nos inmutamos, la canción seguía a la deriva y la compañía era bienvenida para mantener al menos la ilusión de calentarnos. Nadie pensaba en el olor a mugre, a sudor, a vino viejo, porque todos lo emanábamos a la vez.

Entonces le vi. Solo yo me di cuenta de que algo esta-

ba pasando, de que en la oscuridad, delante de todos, un hombre nos observaba fijamente sin participar. Yo también había bebido, y mucho, pero me puse alerta, muy consciente de que ese extraño visitante —limpio, despierto, sobrio— no encajaba en la fiesta, y de que si no encajaba en la fiesta qué coño había venido a hacer aquí. Mirando desde las sombras, parapetado en las tinieblas, el rostro opaco, examinándonos sin disimular. Corpulento, elegante, con patillas. Era él.

La pradera estaba de paso entre la nada y ningún sitio. No era lugar para pasear ni despistarse, así que solo podía haber venido a escrutarnos, ni siquiera a robarnos porque a esas horas y en nuestro estado no podía quedarnos gran cosa en los bolsillos. Decidí mantenerme vigilante. Por lo que pudiera pasar. Sin decir nada a nadie.

Me tentó avisar al de la guitarra, que al fin y al cabo era el más lúcido del grupo, pero estaba ciego o probablemente lo era de verdad, así que callé.

No hacíamos nada ilegal, pero si ese intruso quería representar algún tipo de autoridad no iba a ser bienvenido. No lo iba a ser. No en ese Madrid de madrugada que nos pertenecía por derecho propio.

Y si lo que pretendía era escogernos como se escoge al ganado para después despiezarlo, tampoco. No esta vez.

Si algo nos habíamos ganado en esta vida era al menos esta mierda. Una borrachera juntos, sucios, hasta el amanecer, sin vigilancia ninguna. Antes de que la luz del día nos recordara que debíamos ir a trajinar, barrer, cargar y obedecer para buscarnos la vida. Nadie nos lo iba a quitar.

Y yo no lo iba a permitir.

Yo sabía quién era él. Sus aires de suficiencia eran imposibles de olvidar.

Era el 15 de mayo de 1823.

Y aunque parezca que ha pasado mucho tiempo, en realidad está pasando hoy.

I

María subió los escalones de dos en dos. Andaba ligera, en camiseta y vaqueros, zapato cómodo, y al alcanzar la plaza se paró para situarse. El bloque que buscaba estaba ante ella y, tal y como se temía, se alzaba en lo más alto de la cuesta. Había llegado. Fachada amarilla, portal avejentado, buenas vistas, un kebab a un lado y un chino al otro. Recuperó el aliento. Estaba en forma, pero la subida desde el Manzanares tenía su mérito.

Con tranquilidad metió las manos en los bolsillos. Observó la acera, el parque, el portal. La basura desbordaba una papelera y un hombre hurgaba en ella en busca de algo que pudiera aprovechar. No parecía pobre, pero hacía tiempo que en Madrid las basuras no eran ya patrimonio de mendigos ni del reciclado, sino de abuelos y buscones en general que rescataban alguna ropa, periódicos o comida en buen estado para rematar la pensión o el trapicheo. María miró alrededor. Era domingo y no había apenas tráfico, la calle estaba en silencio. Dos africanos descansaban en la hierba junto a los hatillos de bolsos que seguramente iban a vender en la Gran Vía.

Martín la había citado a esta hora, en esta plaza y frente a este portal y lo que se le había perdido en este barrio aún estaba por descubrir. El agente más maqueado de comisaría, bien trabajado en las cintas y pesas del gimnasio, corte de buena peluquería y barba hípster, había venido a vivir a Carabanchel, el barrio más provinciano de la capital. Con

olor a asfalto caliente y un cierto aire cosmopolita, por ser bien pensados, pero al fin y al cabo uno de esos sitios donde las señoras aún bajan a buscar el pan en bata y zapatillas, y los hombres, en camiseta interior deslucida y bien holgada.

—Menuda *kashba*.

Esa voz había llegado alta y clara desde atrás y se había dirigido a ella. María se dio la vuelta con rapidez eléctrica y sí, era él.

—¡Luna! —El viejo periodista había descendido de un taxi y se alisaba los pliegues de la camisa blanca. Con él llegaba Esteban, que había sido el segundo de María en la comisaría durante tantos años y gran amigo de Luna. Al parecer Martín había decidido reunirlos por sorpresa—. ¡Cuánto bueno!

—Comisaria. —Se cuadró Esteban.

—Déjate de comisaria. —María había sacado las manos de los bolsillos, pero no para hacer el saludo oficial, sino para fundirse con ellos en sendos abrazos que esta vez ninguno reprimió. Si la última vez que había visto a estas dos viejas glorias del periodismo y la policía había sido en calzoncillos, compartiendo la cama que pudieron pillar tras una complicada operación, no era ahora cuestión de volver tan rápidamente al protocolo. Y menos en su situación, apartada por un expediente aún pendiente de aclarar.

—Quita, quita, que no soy de piedra. —Se zafó Luna del abrazo.

—Me alegro de verte, comisaria. —Esteban también se recompuso.

María volvió a meter las manos en los bolsillos y los observó, animada. No estaba segura de que ninguno de los tres estuviera en forma, pero al menos seguían en pie, aunque ella estuviera apartada, Luna, prejubilado, y a Esteban le rondaran para sacarle de Homicidios una vez roto el equipo. Los tres estaban vivos, y eso hoy por hoy era bastante. Más que suficiente, incluso.

—Te veo bien —dijo Luna—. Te sienta bien estar fuera.

—Hago lo que puedo —replicó María.

—Bueno, ¿dónde es el Ramadán? —bromeó Luna. El kebab estaba abriendo ruidosamente la persiana y los dos africanos se habían levantado de la hierba y enfilaban ya hacia el Manzanares con sus amasijos de bolsos envueltos en la manta. El top manta.

—Te van a oír —le riñó María.

—A quién le importa —siguió Luna.

—A mí me importa. Ahora es mi barrio.

Martín acababa de incorporarse al grupo y no le habían visto llegar. Él también había colgado el uniforme ese domingo y vestía vaqueros y una camiseta ajustada que le marcaba los pectorales compactos y los bíceps curvilíneos, trabajados.

—Joder, pareces un marica —le espetó Luna—. ¿Cuántas horas te pasas en el gimnasio?

—Vete a la mierda.

Esteban rio para sus adentros. Al ser Martín su inferior en la escala policial y tras haber recibido instrucciones de tolerancia extrema hacia las minorías, se cortaba mucho de decir lo que pensaba, pero lo que pensaba era exactamente lo mismo que Luna: que este chaval tan guaperas, pese a ser un probado heterosexual al que se le conocían repetidas novias, estaba empezando a pasarse con los abdominales, los batidos de proteínas y el cuidado delicado de su barba, si es que podía llamarse barba a esa mata arrubada que se debía retocar cada mañana y adobar de cremas variadas para mantener en su diseño y tersura al dente.

María también se sonrió. Hacía tiempo que no se reunían y de boquilla, al menos: sí, estaban en forma.

—Bueno, ¿nos vas a enseñar tu casa?

—Mi casa tendrá que esperar. —Martín frunció el ceño y con él su cutis hidratado. La excusa para citarles había sido enseñarles el piso que había heredado pero, por alguna razón que no comentó, lo posponía—. A cambio, os invito a una caña en el barrio.

—Pero ¿hay algo cristiano por aquí? —preguntó Luna, mirando alternativamente el kebab y el chino—. ¿O nos fumamos un narguile?

—Para ti tengo algo especial —rio Martín—. ¿La tasca Doña Urraca te irá bien?

Y no era broma. Detrás de la calle Doña Berenguela estaba la de Doña Urraca e iba a ser mejor seguir sin rechistar a Martín antes de agotar la lista de reinas de Castilla o de León potencialmente dispuestas a librar con Luna la guerra contra los moros. En el callejero de la zona había más.

—Será perfecto —intentó templar Esteban, inusualmente risueño.

—Me gusta, Doña Urraca. —Luna a lo suyo, incombustible—. Doña Urraca en pleno Marraquech.

—Qué exagerado eres, Luna. Se llama fusión. —Martín empezaba a impacientarse—. ¿No has oído hablar del Madrid del mestizaje? ¿Distintas razas y religiones conviviendo en los barrios cosmopolitas de la capital?

—¿Mestizaje? A mí me huele a pis —bufó—. Y por si acaso y antes de que me confundan, a mí particularmente me pides un carajillo.

Los cuatro alcanzaron la tasca disimulando las risas. Era la primera vez que se reunían tras la muerte repentina del comisario Carlos, maestro de casi todos, y en la alegría de verse se escondía una nostalgia profunda a la que ninguno iba a renunciar, pero había que seguir adelante. Habían pasado pocos meses, Martín se había mudado, María volvía de Soria para organizar su defensa y todos, sencillamente, se echaban de menos. Se echaban mucho de menos. Iban a ponerse al día. Sin más.

La camarera les sirvió en la mesa. Aunque hacía calor, un velo negro le cubría el cabello, el cuello y los hombros, y apenas dejaba al descubierto un rostro joven y bonito sin rastro de maquillaje. Dejó tres cañas y el carajillo sobre la superficie de madera oscura.

—Esto del mestizaje no te lo crees ni tú —bufó el pe-

riodista mientras alzó su taza para brindar en cuanto la camarera se dio la vuelta.

—Qué antiguo eres, Luna —dijo María—, con tu carajillo a la una y tu toque de españolidad.

—¿Y los corderos degollados? ¿Qué me dices de eso? ¿No ha sido en este barrio donde ayer degollaron unos corderos en la calle? ¿Lo apuntamos también al mestizaje?

Ruiz le miró esta vez con aire marcial. Luna no solo era un antiguo, también podía ponerse muy pesado, la nostalgia no iba a cegarla por completo. Y ella quería escuchar a Martín, saber por qué los había citado, por qué había salido de su nuevo portal sin querer invitarles a subir. Pero Esteban no iba a ayudar.

—Siempre ocurre al final del Ramadán. —El viejo policía también estaba enterado—. Degüellan corderos y dejan los restos en la calle.

—¿Podemos cambiar de tema? —Martín empezaba a mostrarse incómodo.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —ayudó María—. ¿Por qué no dejamos hablar a Martín?

—Corderos muertos por el Ramadán —siguió Luna—. En este barrio. Salió ayer en las noticias. ¿Verdad que no me equivoco, Martín?

—No eran corderos, pesados, lo contaron mal los de tu gremio, los periodistas. Eran gallos. Y no quiero hablar más del tema.

—¿Gallos? —Luna fue ahora el que se puso serio. La magia negra era un tema que nunca le gustó cubrir, pero en cierta época tuvo que ocuparse de varios casos encadenados y aún sentía un calambre frío entre los hombros cuando le llegaban informaciones de plumas, picos y sangre en rituales al respecto—. ¿Gallos con un cuenco al lado?

Martín asintió con gesto leve y nada divertido. María le observó. Su semblante tenía sombras nada habituales en él. Se le veía incómodo a pesar de haber organizado él

el encuentro, algo le había hecho cambiar de planes a última hora y además no parecía gustarle el tema de conversación. Ella tenía la lección muy aprendida. Una cosa es compartir los casos y la lealtad instantánea que se puede generar entre colegas y otra intentar trasladar esa sintonía a tu realidad, tu barrio, tu casa. Solía fallar.

—¿Podemos cambiar de tema? —insistió Martín.

Y cambiaron de tema. Martín había heredado el piso de su abuela a medias con su hermanastro y al fin había dejado su amada Orcasitas para vivir en el centro. Debía tirarlo todo y montar cocina y baños, pero tenía ilusión. Luna estaba, como solía, terminando un nuevo libro. Esteban seguía soportando a Jota Ese, el nuevo jefe superior, con ese estoicismo suyo más viejo aún que su bigote y, aunque discreto como siempre, dejó ver cierta amargura ante lo que se vislumbraba como su consolidación en los despachos de Madrid. ¿Y María? Todos querían detalles sobre cómo le afectaba el expediente y cómo iba la instrucción. ¿Qué iba a hacer? ¿Tenía un buen defensor? ¿Estaba animada? Ella les resumió sus planes, iba a por todas, nadie la iba a apartar de la carrera policial. ¿Y Tomás?

¿Cómo estaba Tomás?

Habían terminado la tercera ronda, Luna se había pasado ya directamente del carajillo al vermú y la camarera les había servido el cuarto plato de patatas rancias cuando se hizo el silencio. A la comisaria le tocaba responder.

Pero esta vez fue ella quien regresó al tema vetado.

—¿Y qué más sabemos de esos gallos?